BRISAS Y ONDAS.

A LUIS LAGARDE.

EL crepúsculo tornaba al campo en un incendio de colores.

—Yo, decía confidencialmente una onda al viento, ¿has visto cosa más bella que yo? En el perfil obscuro de la montaña finjo la diadema de ópalos de un coloso, la luz juega en mis facetas de nieve y parece que me incendia: en la cascada soy torrente de perlas y penacho de espumas donde el iris tiende su tul de ardientes tintas; en el río, me convierto en copo de cristal que orna linfas de esmeralda, tengo la tersura del raso en el lago tranquilo y deslumbran mis cambiantes; dormida, soy un espejo donde las náyades se miran; si me encrespo, finjo una melena erizada por la ira; en el Océano negro, callado, inmenso, soy el misterio que atrae y que espanta.

Yo paso, y en las soledades del volcán parece que sollozo, canto en el tular, río en las quijas, y bramo inquieta, rebelde, azotada por las alas negras

de la tormenta; desciendo de la nube tempestuosa, rayo con redes de diamante al cielo obscurecido; la tierra abrasada y sedienta me absorbe con ansias de mujer enloquecida; baño á la flor que revienta pura y bella, espléndida en colores, rica en aromas; inundo el campo, pero el pantano se convierte en un cráter de vida!

En el picacho, me cuajo en perlas, soy lágrima en las hojas que tiemblan; yo retrato cuanto vaga por el azul: las aves que pasan, la nube errante que flota, las tintas de oro de la tarde espirante, la corola que se inclina para oir mis cantos de amores, la noche, la estrella de flecos de oro, ¡¡todo!! hasta el abismo sombrío cuyo fondo nadie conoce.... Tú pasas, me rizas y ¡oye! y el agua fingió entonces el eco de un suspiro blando y melancólico, diciendo: Cuando soy llanto, se condensan en mí las tristezas de la vida.

—Yo, dijo el aire, subo á las alturas, mezco á la nube, juego con la bruma, impulso á las tormentas, estalla en mi seno el rayo, repercuto sus ecos, y no me hiere; doblego á la encina; mi hálito abrasado funde las nieves; flota en mí el ave errante y la abeja de oro; si me indigno, la tierra se estremece; tengo en el huracán roncas amenazas; en las horas de calma, finjo dulces palabras de mujer querida; me deslizo en la fronda del sauce, y parece

que una voz extraña murmura una elegía; espanto en las soledades de la ruina y en el vacío del templo; gimo en las altas horas en las junturas de las puertas y hago que despierten los espantos, los duendes, los vestiglos; río en el ramaje; obedezco al artista y me transformo en música; las espigas me saludan doblegándose cuando paso, y hago del trigal un mar de ondas rubias. Yo traduzco las penas en suspiros, en sollozos, y los amores en besos; soy la palabra, soy la idea, soy la ilusión.

—¡¡Bestias!! mugió un buey manso, volteando lentamente la cabeza, rumiando sin prisa, viendo con sus grandes ojos negros y dulces á la onda, en la que se hundió pausadamente transformándola en lodo.

El cuidador, un patán, lanzó un grosero silbido que estremeció el aire para espantar al animal.

—¿No lo decía yo? clamó con voz enronquecida por la petulancia un sapo. ¡Ay, ideales, sois perlas en la altura, y lodo bajo la pezuña de una bestia! ¡Ay, ideales, sois música en manos del artista, y silbido en los labios de un patán! *¡Cua, cua!* y soltó una estúpida carcajada.... Aire transformado en insulto!

HOJAS Y PLUMAS.

¿Mi suerte (habla una hoja seca) será vivir eternamente aquí, tirada en medio de la calle? ¿Me recogerá alguno como recuerdo? ¿Barrerá la escoba conmigo, ó lloverá y me rejuveneceré?

¡Vamos á ver! ¿Qué puede suceder? ¡Pues qué ha de suceder! Que esa niña que me está viendo desde un balcón, me guardará entre las hojas de ese libro que está leyendo. ¡Si supiera que soy hoja de camelia!

—Yo creo (dice una pluma) que, ó adorno un sombrero ó algo por el estilo; mi color no es feo. ¡Blanco! ¡Blancura de pecho de paloma! Parezco un copo de espuma.... Hagamos proyectos: tú, pétalo, vivirás en un libro, y yo ¿por qué no? Pero, ¡pero!.... (asustadísima). ¡Escondámonos! Ya no era tiempo; el remolino, en sus ondas de polvo gris, las arrastró á las dos.... La pluma voló muy le-

jos, ¡quién sabe dónde! La hoja de camelia quedó sepultada en el lodazal. ¿Para qué esperanzas si el mañana es un remolino?

EL CARAMELO.

A GONZALO ESTEVA (jr).

EN un cornete azul de cristal de Bohemia, un dulce de fino y perfumado caramelo, soñaba opíparos festines y se lamentaba.

La mesa del comedor estaba en desorden: dispersas sobre el arrugado mantel las migajas de pan, volcadas las copas con heces de vino, las cáscaras de las frutas enroscándose, las moscas revolando sobre los platos untados de salsa, inspeccionando

las hojas de los cuchillos oxidadas por el jugo de las naranjas ó libando gotas de miel en las cucharas. . . .

Todo indicaba un festín concluido, y aquel caramelo, que parecía un rubí, estaba triste. ¡Lo habían olvidado en un juguete de tocador!

Yo, decía, estaba predestinado para ser feliz, unos labios rojos como yo, al besarme sentirían toda la dulzura que encierro, y mi mayor placer sería que me astillaran unos perlados dientes! Esa es mi suerte de caramelo aristocrático. . . . . ¿Conque después de salir del molde de la dulcería francesa; después de haber sido expuesto en un aparador de grandes cristales, de ser deseado por tantos ricos (porque ningún pobre se acerca á un luciente escaparate temiendo que lo declaren ladrón); después de haber visto tantos coches, tantas sedas, ¡estar sepultado en una cajita de raso, ser regalado en año nuevo por un novio! Voy á envejecer aquí, á blanquearme como una cabeza canosa. . . . eso es horrible! Yo tengo títulos, y si no soy feliz ¿por qué será? Pero (olfateando) ¿qué huele tan mal?

—Yo, dijo asomándose debajo de la mesa y con voz tímida, una charamusca; yo, que he sido arrojada por el hijo del portero en esta alfombra; yo, que soy feliz.

—¿Tú? (admiradísimo) explícame eso, ¿tú feliz?

(con voz burlona) ¿tú, miserable indio de la raza de los dulces; tú, hijo del plebeyo piloncillo?

—Yo, yo soy feliz, mira. . . .

—Hazme favor de no tutearme, que no somos iguales.

—Yo, mire usted (humillada), soy feliz; no porque se me exponga en luciente escaparate como usted dice; mi hogar es una mesilla grasienta donde me codeo con las pepitas tostadas, las habas, garbanzos y arbejones, las *alegrías* y pepitorias; jamás atraigo las miradas de los poderosos; ¿quién se va á fijar en la mujer harapienta que me vende? pero el niño, el pobre niño del pueblo me encuentra al alcance de un centavo; al ir al colegio me compra, me acaricia, me encierra en su bolsa desteñida junto á la rota pizarra y el silabario deshojado; y si usted viera con qué placer endulzo sus pesares infantiles cuando burlando la vigilancia del bilioso y flaco dómine, me muerde y son disputados mis pedazos por los que no me poseen, y ¡cómo me cambian por pizarrines y canicas! Después disuelta muero, sí, pero bajo á la tumba sin causar mal y arrojada por la naturalísima ley de la digestión; pero usted, dulce de rico, ¡cuesta tan caro! Jamás sabrá lo que es ser comido por hambrientos labios ¡eso es indescriptible! Cuando sea usted engullido y apenas saboreado por cansados paladares, causará dolores, lo detestarán y un médico ordenará que una purga barra con su personalidad dañosa. . . .

Un poeta democrático, el grillo, que opina que los versos son algo como caramelos para el espíritu, exclamó:

"¡Claro! por eso yo no le canto sino al pueblo. . . ."

DESDE LEJOS.

¡OH! decía una lagartija miope, asomando entre las ruinas musgosas su cabeza triangular; ¡oh, qué feliz soy! he encontrado la realización de mis sueños, —y veía extasiada á lo lejos.— ¡Cómo brilla ese diamante, perdido en la arena! parece una ascua. Yo amaba al sol por esplendente; pero ¡está tan lejos! y ahora me encuentro con algo que brilla más; esa piedra preciosa que chispea ardientemente. Voy á acercarme. . . . —Y todos los días la tímida enamorada no se atrevía á emprender el

camino de veinte varas, para estar junto á aquello que brillaba tanto y la tenía loca de pasión.— ¡Me ve! decía casi llorando de placer, ¡y relampaguea! —Y el sol arrancaba dardos de luz á aquel diamante; dardos de luz que para la soñadora eran miradas.... ¡Qué de sueños le inspiró á la pobre apasionada! ¡qué de proyectos!— Valor, se dijo un día; —y se acercó tanto, que llegó junto..... Era un vidrio de botella que al ser movido gruñó con voz aguardentosa..... La lagartija apenas pudo huir al hueco de la ruina, junto al viejo varejón carcomido por los gusanos; y les dijo antes de espirar presa de la tisis, esa consecuencia de los amores imposibles.— ¡Ay, vecinos! si amáis alguna vez, amad de lejos; porque así parecen diamantes los vidrios de botella!

CAIFÁS Y CARREÑO.

I

A las primeras horas de la mañana se anuncia en ciertas calles concurridas el despertar del trabajo. En las más céntricas ruedan los carruajes de los paseantes matinales del *Bosque;* frescas ó marchitas, tronando sus faldas de percal, las modistas, apretando contra el pecho un bulto de telas, se pierden tras el mostrador de la *Casa de Modas* que, á la sazón sacuden, ordenando los maniquíes. En los escaparates, á gatas, colocan los dependientes sus mercancías flamantes, ó con los brazos cruzados ven pasar á esa multitud que anda de prisa y apenas de soslayo echa un vistazo á la seda artísticamente amon-

tonada ó á los objetos de fantasía que ostentan sus precios en caprichosos rótulos.

Los niños que van á la escuela, seguidos de un mozo que de todo se ataranta, muerden un mendrugo del desayuno ó entablan ruidosos diálogos frente á un muñeco de cuerda ó algún juguete que los absorbe. Algunas anémicas bien vestidas, pero con esa negligencia de las que saltan del lecho á la calle, con ojos débiles, regresan del ejercicio, en tanto que algunos desocupados ó pasan revista á todos los retratos de una fotografía, ó admiran en silencio los cromos de una doraduría. Entre esa multitud hay tipos alegres, caras risueñas, dependientes bien vestidos que dejan tras sí la nubecilla de humo de sus cigarros habanos, y con lentitud penetran á un escritorio de casa grande: hay jefes de oficina que con las manos á la espalda y en ellas un bastón y un periódico, responden con benevolencia los *buenos días* de algunos subalternos que temen llegar retardados á sus bufetes. Algo sano, fresco, alegre, flota con el suave sol que sonrosa apenas el empedrado, regado y barrido; las caras lavadas animan el cuadro, y una ciudad en esos instantes, adquiere el aspecto de laboriosa colmena, de enorme fábrica, que con mil ruidos, indescriptibles agitaciones, elabora la felicidad de esos mil operarios que acometen el trabajo fuertes y

animosos. Perdidas en la interminable procesión, se deslizan también fisonomías que preocupan y publican la desgracia ó la pobreza: son los inválidos de ese ejército, los empleados á la cuarta pregunta, los pobres de las grandes oficinas.

Ellos son los que en verano vienen desde un suburbio al centro, calcinados por un sol que produce hidrofobia en los perros; ellos, los que de prisa, arrojando resoplidos, enjugándose el sudor, se repegan á las aceras reverberantes sin una línea de sombra, atraviesan la inmensa plazuela que arde, y, sofocados, llegan á la gran puerta, trepan las altas escaleras y se desploman frente á un escritorio, agobiados por las palpitaciones de la fatiga, el enervamiento candente de la siesta y el fuego inextinguible de la sed: esos mismos, en invierno, emprenden sus caminatas sin paletó ni guantes, roja la nariz que les gotea, tiritando, frotándose las manos entumecidas, arrojando vaho á cada espiración; no tienen más abrigo que un sucio *cachenez*, la solapa del saquillo abrochada, y cuando hay sol, su caricia apenas tibia, se les conoce á una legua por el sombrero abollado y echado atrás, el andar penoso de los que para colmo de desdicha tienen callos, y el aspecto sórdido de sus cabelleras más que largas y su patilla hirsuta y descuidada. Muchos de éstos no mueren de hambre, porque la Patria,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

esa inmensa nodriza de amplio manto, como una Isis inagotable, los acoge en su fecundo seno con maternal filantropía.

La mayor parte se dispersa en los mil corredores de las oficinas del Gobierno. Apenas puede caber ese pueblo en los amplios salones, refugio de los que ejercen la penosa burocracia, que es la carrera popular en México. Estudiantes que destripan, comerciantes que no pueden adquirir en otra parte sino exiguo salario, honrados padres de familia que no están duchos para otras profesiones, gérmenes de industriales que no poseen fondos para poner en práctica sus grandes proyectos, personajes que concurren allí por ocuparse en algo, son los miembros de ese heterogéneo conjunto, microscópicas ruedas de la enorme máquina oficial, del complicadísimo movimiento de la cosa pública. Ni la industria, ni la ciencia, ni el comercio, ninguna institución mantiene tantos hogares como ese *Palacio*, última etapa de tantas existencias. Volúmenes *in folio* inspiran los mil tipos, dramas y sainetes de ese vivero ruidoso. Deténgase alguno á contemplar ese desfile gigantesco de subalternos, investigue sus costumbres, revuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del Sr. Carreño, que entra á la sazón.

II

Su entrada á la Sección tercera (supongamos) produce en la doble hilera de bufetes cierto rumor; saluda humildemente el jefe que coloca en boquilla de ámbar un retorcido cigarro; admite la lumbre que le ofrece un *Ordenanza*, y abre sus cajones sacando de ellos grandes expedientes en cuyo forro amarillo y sobre los rótulos, se extienden las armas nacionales.

Carreño llega á su mesa y saluda á dos ó tres que con gran ruido de llaves y cajones se preparan á las diarias faenas; él sacude su mesa, presta una pluma nueva á un sujeto que vuelve de echar tinta á su tintero. . . . ordena carpeta y papeles seriamente, arréglase los faldones de la levita, abre un inmenso libro salpicado de simétricos guarismos, empuña la regla, y con la pluma entre los labios, calcula la posición de aquélla para trazar una horizontal perfecta.

Flota sordo rumor en la sala extensa: papeles agitados, hojas de libros en blanco que suenan, llaves, pisadas de los que entran y salen, golpes de puertas, correr de plumas, pañuelos que sacuden,

y levantándose del murmullo alguna risa franca, alguna frase suelta ó el frotamiento enérgico de un cerillo. Todo es orden, sin embargo; aun no se borran del piso de madera los rastros del riego, ni se pegostean al polvo mojado los cigarros tirados; aun no llegan los clientes preguntando nombres, ni dormita el jefe, que acuerda con dos ó tres individuos que, pluma tras la oreja y mostrando comunicaciones, han trepado á la monumental plataforma. Allá en el rincón se ve la pieza, amueblada lujosamente, del superior; las pisadas, duras en el entarimado, son suaves y discretas en las alfombras; los escritorios no están manchados de polvo, ni hay en la elegante pieza la acumulación de personal que en el salón.

Pero volvamos á Carreño, que como una máquina escribe, ennegreciendo el papel con letras inglesas de elegantes curvas, gruesos bien trazados y rasgos litográficos. Descansa un momento, enciende su cigarro, y fuma. ¡Cuántas cosas piensa cuando fuma! ¡Tristes, seguramente, porque de las fisonomías desconsoladoras de esa sección, la suya es de las más notables!

Un día, hace tiempo, á la misma hora, frente al mismo bufete, y como ahora, fumando un cigarro, echaba esos planes quiméricos del que espera mucho de un empleo que se empieza á desempeñar.

Aquellas vastas oficinas, donde solo en la mañana se trabajaba, habían sido su anhelo constante. Á la sombra de aquellos altos techos pensaba realizar la tranquilidad doméstica, que no encontraba en su vida de solicitante perpetuo de empleos. Nadie más juicioso que aquel pálido señor de saquito café, codos raídos y rodilleras prominentes; nadie tan cumplido como él, *Santo Job* (su mote), que inspiraba respeto con sus largas barbas de personaje arrancado á un Martirologio, y nadie tan triste como él, después de vivir la vida cierta de oficina, que tan poco deja al que poseé dos hermanas, una cuñada, mujer enferma y un par de hijos.

Los sesenta pesillos apenas bastaban para cubrir el gasto doméstico: una caja de cigarros, una vuelta en tren cuando llovía, un real al portero por abrir á deshoras, provocaban una tempestad de protestas en contra de Carreño, que no apaciguada á la prole ni con sus mismas lágrimas. Retardóse cierta vez, y costóle aquello una multa. Indecible es la que se armó á fin de mes, cuando pálido y compungido, hubo de confesar la amarga verdad.

Ocurríansele gastos extraordinarios. Sucedía que al salir de la oficina tomábalo Labastida del brazo y lo invitaba á tomar una copa en "El Nivel;" otras veces Lizana lo trepaba á un tren y cosquilleábale la dignidad aquello de no corresponder á los fre-

cuentes obsequios. Suscribiéronlo á viva fuerza á no sé qué periódico, á no sé qué Sociedad, y esto, añadido á la deuda de su sastre, hubo de dejarlo sin un céntimo. Quedóse frío al hacer su cálculo; tambaleó junto al bufete al pensar los conflictos caseros, creyeron que tenía un vahído, y soltó la verdad á su vecino, que simpatizó con su dolor por ser el propio muy semejante al suyo. Y le sopló al oído una frase milagrosa:—¡Vea usted á Caifás!

Caifás era un empleadillo de saco desteñido, melosas maneras y generalmente conocido. Acercábanse á su mesa, guiñábanle el ojo· él les alargaba un papelillo, y afuera, en el mingitorio, entregábales una cantidad. Era el prestamista de las oficinas.

Es este un tipo por desgracia en vigor, que explota á los cándidos que caen en sus garras, y nuestro hombre acercóse á su vez, guiñóle el ojo, presentó sus fiadores y recibió la cantidad prestada con un interés que ruborizaría á un empeñero de los más empedernidos. Pasáronse los meses con rapidez inapreciable, y apeló á Tarquino, un personaje discreto que entre diez y once de la mañana hacía su aparición por aquellos barrios y ejercía la misma profesión que Caifás. Cumplióse el plazo de Tarquino, y el buen Carreño, flaco, agobiado, seco por las preocupaciones, llamó á todas las puertas

sin lograr más respuesta que una política negativa. Entonces comenzó la época más amarga: el objeto sacado clandestinamente del hogar y transportado al empeño, la petición de plazos y el crecimiento colosal de réditos y más réditos.

Entraba á su oficina y andaba como un ebrio cuando su mirada tropezaba con la del implacable Caifás, que le decía en voz muy baja: "¿Cuándo?"

Veía en perspectiva las diligencias judiciales que acabarían de arruinarlo. No había remedio, el prestamista poseía su firma, una carta en blanco y era.... El pobre Carreño fumaba pensando en el hogar, el sueldo exiguo, la prole hambrienta, y sentía á su rededor ese inmenso desamparo, esa abrumadora indiferencia, ese enorme vacío que circunda á los desheredados, en tanto que Caifás sonreía chanceándose con el cajero.

Llegaba la tarde. Festivos grupos se desparramaban por escaleras y corredores; sacudíanse los zapatos con los pañuelos, soplaban el polvo de la ropa, cepillaban con la manga el sombrero y satisfechos se lanzaban á la puerta. Unos pensaban en la novia, otros en la calma del hogar; aquél compraba dulces para el bebé; Caifás hacía chispear su anillo, en tanto que otros se iban al cercano café; y Carreño, preocupado, sin esperanza, salía también sórdido, miserable, triste, sin pensar en el des-

canso é invocando la muerte como único remedio; monomaniaco cuyo tema era el acreedor brutal ayudado de tinterillos y gendarmes....

La ciudad volvía á animarse; las figuras de la mañana entraban de nuevo en la procesión del público; perfilaba la púrpura del ocaso el inmenso gentío; las caras marchitas, los trajes ajados, el andar cansado, desfilaban por segunda vez, y el murmullo creciente volvía á evocar la memoria de inmensa colmena que va á despoblarse.

Que el observador se detenga á contemplar ese desfile gigantesco de subalternos; investigue sus costumbres, resuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del Sr. Carreño. Ya no es tiempo, se ha fundido en el gentío, ese océano sin límites ni buzos, en el que se mezclan los pícaros y los honrados, y se codean un bandido burócrata como Caifás y una víctima como Carreño.

NOTAS DE CARTERA.

A EZEQUIEL A. CHAVEZ.

DON Lucas ejerce la honesta profesión de *Evangelista*.

Es un viejo mal vestido, á veces envuelto en una capa gris llena de manchas; larga y canosa melena, venerables, pero incultas barbas; ojos semicubiertos por caídos párpados; grandes narices soportando anteojos que cabalgan en su mitad y no descienden hasta la punta, gracias al cordoncillo, que anudado en el *occiput*, los sostiene. Es el tipo del enfisematoso: siempre está fumando y tosiendo, se coloca en las mañanas cerca del sol para calentarse, y apoyada la cabeza en una mano, sigue los giros de una espiral de humo.

Á veces escucha atentamente el relato de alguna